

nosotros, excluiré yo con el Sabio; bienaventurados nosotros que contemplamos y celebramos el nacimiento de Maria Santísima, y que nos honramos con su amistad! *Beati qui teviderunt, et in amicitia tua decorati sunt* (1).

Celebremos el nacimiento de Maria Santísima, porque nació «nuestra fiadora con Dios,» como la llama San Agustin; «nuestra medianera con el Soberano mediador,» en expresion de San Bernardo; «el remedio de todos nuestros males,» como la clasifica San Buenaventura; «nuestra paz, nuestra alegría, nuestro consuelo,» como la define San Efren; «nuestra Reina y nuestra abogada, nuestra corona y nuestra vida, nuestra Madre, nuestra co-redentora y nuestra esperanza,» como la llama la Iglesia. Cantemos al Señor, nuestro Dios, porque en el nacimiento de la Virgen Santísima nos ha engrandecido gloriosamente; porque en él vinieron á encontrarse la verdad de nuestras miserias con la verdad de su infinita misericordia: *Misericordia et veritas obvaverunt sibi;* y porque la paz por que el mundo suspiraba y la justicia que al Eterno satisfaria, se dieron en la niña recién nacida el ósculo de reconciliacion. *Justitia et pax osculatæ sunt.*

Celebrémos el nacimiento de Maria con un gozo verdaderamente santo y espiritual: con una modesta alegría producida en nosotros por la virtud con que procuremos imitar á la Santísima Virgen. Virtud que, creciendo de dia en dia, aumente en nosotros la gracia que nos lleve despues á la eterna gloria. Amen.



(1) Eccl., XLVIII, 11.

DISCURSO XXV.

Misterio de la Presentacion de Maria Santísima.

Faciat Dominus hanc mulierem quae ingreitur domum tuam.... ut sit exemplum virtutis.

Haga el Señor que esta mujer que entra en tu casa... sea el modelo de la virtud.

(Ruth, IV, 11.)

NINGUNO de los acontecimientos que forman la historia de la Religion que profesamos, por sencillo que nos parezca, es insignificante; ántes por el contrario, van todos marcados con el sello de un particular interés y utilidad que revelan la grandeza de los fines que se propuso su augusto Fundador. Pero cuando se trata de ese sér privilegiado que constituye, despues de Dios, la mayor grandeza imaginable de los cielos, y en la tierra el más hermoso ornamento del Cristianismo; de ese sér en quien están como vinculados el amor de todas las almas y las esperanzas positivas de todos los pueblos, entónces todo es grandioso, todo es sublime, todo es edificante.

Hoy la Iglesia venera, y con ella nosotros, el tercero de los misterios de la vida de una criatura vaticinada, enaltecida y aguardada con impaciencia indecible por espacio de cuarenta siglos, cuyas alabanzas se vienen cantando desde la caída de nuestros progenitores, sin que por mucho que de ella se haya dicho haya sido suficiente, á no ser lo que ha expresado la lengua divina del Espíritu Santo. En la pequeña, pero muy venturosa Na-

zareth, ha resonado una voz misteriosa que turba momentáneamente el sosiego de una familia; celestial decreto que se comunica á un alma inocente para trasladarla desde el hogar doméstico hasta la casa del recogimiento, de la virtud y la oracion, para llevarla desde la morada de sus padres hasta el alcázar de su Dios. *Audi, filia, et vide, et inclina aurem tuam, et obliviscere patre tuum et domum patris tui.* «Oye, hija, y contempla; apresata tu oído, y apresúrate á renunciar á tu padre y á olvidar la casa de tu padre.» ¡Terrible sacrificio el que la divina Providencia impone á la nieta de los Reyes de Judá! ¡Dejar su padre, y no esto sólo, sino olvidar la casa de su padre! Pero hay en aquel modesto albergue una voluntad prontísima, reflejo fiel de la voluntad prontísima del que muere por nosotros en una Cruz, y el decreto es obedecido y el sacrificio se realiza.

Seria de ver, cristianos, á un venerable Patriarca y á una matrona no ménos venerable tomar en sus brazos á una Niña de tres años, cuya hermosura eclipsa la de los espíritus que rodean el Tróno del Señor, y provistos de poco abundantes viandas, y acompañados de escaso número de deudos, emprender una jornada de ochenta leguas, dejar su vivienda muy querida, y trasladarse á la ciudad de Jerusalem. Seria de ver el inexplicable regocijo con que se abrieron las puertas del templo del Señor para recibir á aquella Niña en el día de su presentacion, de la misma manera que las de la naturaleza se regocijaron en el día de su nacimiento. Y seria, por último, y es digno de piadosa consideracion ver á esta parvulita, despues de recibido el ósculo bendito y la bendicion paternal, volver las espaldas al mundo, olvidar la casa de su padre, trepar intrépida por las gradas del santuario, entregar su alma al anciano Simeon y ofrecer su pequeñuelo corazón á Ana la profetisa.

Extasiate, mundo zozobroso y acongojado, que todo lo esperas, y con razon, de la Mujer que ha de ser Madre de Dios: regocijaos, almas inquietas, por lo fervorosas, que deseais una guia que os conduzca hasta Dios y una maestra que os enseñe á amarle como se le debe amar. La azucena de los valles, el lirio de los campos, la rosa de Jericó perfuma y aromatiza las moradas del Eterno; la concebida sin pecado, la nacida entre las armonías de los ángeles y las albricias de un universo cautivo, se halla principiando á realizar las misericordias del Altísimo en la casa de su Dios. El arca de la verdadera alianza, el reclinatorio de Jesucristo, el tálamo del Espíritu Santo, Maria Santísima ha sido presentada en el templo de Jerusalem.

Permitid, Niña inocentísima, que se os pregunte: ¿qué sois en ese santuario de la Divinidad? «Soy el alma que se consagra toda á Dios y busca en el retiro su salvacion.» ¿Y qué vais á hacer encerrada dentro de esa fortaleza tan respetable como majestuosa? «Voy á consumir el sacrificio de mi corazón y de mi cuerpo y de mi alma, ennobleciéndolos con la doctrina de una santa educacion.» No extrañéis ya, hijas de San Francisco de Sales, (1) no extrañéis ya que al predicar en esta mañana de la Presentacion de la Virgen Santísima, dirija los pequeños esfuerzos de mi inteligencia á ofrecerlos á la Señora en el templo *como acabado ejemplar de religiosas y perfecto modelo de educandas.*

Ave Maria.

La ofrenda que de sí misma hace á Dios Maria Santísima en el templo, tiene todas las condiciones necesarias para ser aceptable á la Majestad Divina. No es más pronto decir el Omnipotente: *Ven, escogida mia, porque quiero poner en ti mi trono,* que levantarse la augusta princesa, y volar como paloma en seguimiento del que la predestina; y cosa no hay que pueda debilitar su resolucion: ni las penalidades de una jornada, ni los respetos humanos, ni el porvenir que la asegura la ilustre sangre que corre por sus venas... nada; su ofrenda es prontísima, su decision es irrevocable. El Salomon Divino, al llamar á la Esposa con aquel acento capaz de conmover los montes y los valles, al decirle: *Ven, Esposa mia, del Libano, para ser coronada,* tales incendios de amor comunica á Maria, tales torrentes de gracia difunde en su santísima alma, que conoce que á la obligacion de ofrecerse se sigue la de ofrecerse toda entera, sin reserva de ningun género; para ser coronada en la gloria es preciso desprenderse, no sólo de lo que hay en el mundo, sino de lo que hay en sí misma, y pues todo se le debe á Dios, todo se le ha de ofrecer á Dios. Por eso la candidísima Virgen de Nazareth, esa varita de incienso más aromática que los olores exquisitos de Alejandría, esa Arca fabricada por la Santísima Trinidad, y de más valor y más preciosa que el Arca del Testamento Antiguo; esa Niña abandona, no sólo el tráfico y el bullicio de la tierra, sino la casa de su padre; y no sólo

(1) Predicado á la Comunidad de Salesas Reales el día 26 de Noviembre de 1860, día de la renovacion de votos.

esto, sinó su padre mismo; y no solamente á su padre, sinó á sí propia, y se desprende de su cuerpo y de su alma, de sus sentidos y de sus potencias, de sus ojos, de sus oídos y de su lengua, de sus piés y de sus manos, de cuanto es y de cuanto tiene, y al pisar la primera grada del templo, cosa no hay en Maria Santísima que ya no pertenezca á Dios. Su resolución es como ninguna, su ofrecimiento es completo.

La humilde y embelesadora Niña que al ser concebida aplastó la cabeza del enemigo, y que ahora al ser llamada atraviesa, pisando abrojos y malezas, en compañía de San Joaquín y de Santa Ana, la penosa distancia que hay de la casa de su padre terreno hasta las mansiones de su Padre celestial, es aquella Mujer de quien el Espíritu Santo dijo: *Non extinguetur in nocte lucerna ejus.* «Su antorcha no se apagará en toda la noche.» La lumbre de su amor no se extinguirá jamás; las llamaradas de este fuego no se ahogarán al hálito de la noche de los tiempos; su ofrenda y su sacrificio serán perpétuos y durarán tanto como la criatura que los hace. La ofrenda de Maria presentada en el templo es prontísima, es completa, es perpétua y sin condiciones. Pero entre nosotros, venerable comunidad y pueblo cristiano, entremos de una vez en lo que me habia propuesto manifestaros, á saber: que *Maria Santísima, en el templo, es acabado ejemplar de religiosas y perfecto modelo de educandas.*

Dejemos á espíritus ridículamente meticulosos, y á corazones no muy cimentados en la fe, que se horripilen y sientan erizárseles los cabellos á la simple consideracion de lo que es y de lo que debe ser una monja: dejemos á los humanitarios reparadores del género humano que griten con toda la fuerza de sus pulmones contra los sublimes resultados á que conduce la vida religiosa, y que proclamando todas las libertades imaginables (1), quieren despojar á las almas de la que tienen indisputable para consagrarse á Dios.

Permitámosles que se asusten y se extremezcan al contemplar las paredes exteriores de un monasterio y las rejas de un coro: al recordar que detrás de aquellas paredes y detrás de aquellas rejas hay criaturas que, aspirando á la perfeccion y deseando llevar en la tierra una vida de ángeles, se despojan de cuanto son, dan de mano á cuanto poseen, truecan las galas del mundo por los ásperos sayales de la religiosa, la riqueza, el ocio y la sensualidad por la

(1) Y algunas que no se pueden imaginar.

mortificacion, el trabajo y la pobreza, la disipacion por la oracion, un lecho florido por una pobre tarima, una corona de vanidad y de orgullo por un humilde tocado y una corona de espinas, y su propio albedrío y su libre voluntad por la voluntad de Dios expresada por los superiores. A nosotros nos basta, tenemos más que suficiente con mirar á Maria Santísima en el templo para apreciar en lo que vale lo que ellos llaman un sacrificio violento, un yugo pesadísimo impuesto á la voluntad por la tirania de los padres ó por la propia desesperacion, si acaso no lo califican de amor á la vagancia y á la holgazaneria.

Desde el momento en que la poseida del Señor en el principio de sus caminos, aquella alma que salió de la boca del Altísimo, se despoja del sol que la sirve de manto y de las estrellas que la sirven de diadema, y abandona cuanto tiene en la casa de sus padres, y cuanto pudiera ofrecerla la nobleza y el trono de sus ascendientes; desde la hora en que esa criatura bendita de los cielos y de la tierra, de todas las generaciones de ángeles y de todas las generaciones de hombres, pronuncia la primera, para estremecimiento de los demonios, la palabra *virginidad*; desde que sus pensamientos y sus palabras y sus obras se entregan absolutamente y sin restricciones de ningun género á la tutela del sumo sacerdote, y su tiernecito corazon ni el mandato repugna ni se altera con la prohibicion; desde el instante, por último, en que por medio de una promesa solemne la vemos encerrarse con el Padre que la escoge por Hija, con el Hijo que la elige para su Madre, con el Espíritu Santo que la distingue por su predilecta Esposa, ya podemos comprender lo que valen las palabras *pobreza, castidad, obediencia y clausura.* Cuando la tiernecita Maria pronuncia con admiracion de los cielos la fórmula de su pronto y entero y completo sacrificio, no podemos menos de reconocerla como la piedra angular de la vida religiosa en toda su perfeccion; como el indestructible fundamento sobre que se levanta el edificio de las instituciones religiosas todas, habidas y por haber, y no sólo de la mujer en quien providencialmente domina más el corazon que la cabeza, sinó del hombre en quien domina la cabeza al corazon.

No me busquéis modelos acabados y perfectos de la vida solitaria en el Egipto, en la Tebaida y Palestina: los hay estupendos, pero ántes que ellos y sobre ellos está Maria: no me citéis dechados admirables de recogimiento y de oracion, de ayuno y de penitencia, de caridad en toda su extension y de todas las virtudes, en el Oriente y Occidente, y en todos los pueblos y en todos los

siglos del Cristianismo; ántes que aquellos existió Maria: no me presentéis como ejemplares de magnánima intrepidez, de un evangélico denuedo para acometer la empresa de las fundaciones, á varones y doncellas que parecen los primeros y de quienes se pudiera decir que no reconocen segundo, no; ántes que ellos fué la Santísima Maria; Ella es no sólo acabado modelo del alma constituida en religion, es el prototipo de todos los fundadores de las religiones, cualquiera que hayan sido los medios que estas hayan empleado para conseguir el mismo fin, que es la santificacion propia y ajena; y al presentar en el propiciatorio su ofrenda á la edad de tres años, aparece como la norma del superior y del inferior; Ella alienta con sus prodigios al jóven que fluctúa en la inexperiencia, y sostiene el anciano que desmaya bajo el peso de la ancianidad.

Aquí se inclinaba mi voluntad á hacer os una explicacion de los cuatro votos de la vida religiosa, para analizar despues su cumplimiento por la Inmaculada Reina de las virgenes; pero no lo creo necesario: me basta deciros que si alguna duda os aturde, que si algun obstáculo os aflige, que si alguna violencia os presenta su observancia, acudais al iris de paz que esclarece nuestras conciencias, á la estrella de amor que guia vuestros pasos, á Maria Santísima, que es perfectísima en la pobreza, sin comparacion en la castidad, inimitable en la obediencia, prodigiosa en la clausura: á Maria Santísima, tan consumada en la observancia de sus votos, que me atreveré á decir que es la personificacion adorable de los mismos votos. Por tan *pobre* de bienes y de aspiraciones, la más rica en los dones del Espíritu Santo: por *tan casta y tan pura*, inmaculada en su origen, íntegra y virgen en su maternidad: por *tan obediente* y sumisa, Madre no sólo de los hombres, sino del mismo Dios, y Reina, no sólo del mundo, sino de los cielos y de todo lo criado: por *tan encerrada* con su Dios en el templo de su Dios, este mismo Señor la dá un alma capaz, continente todas las virtudes y todas las misericordias, y un corazón donde tienen acogida todos los infortunios humanos, y donde encuentran consuelo todas las amarguras del corazón del hombre. Decidme ahora si no podreis vosotros ver en la Virgen Santísima *un ejemplar acabado de religiosas*, y yo pasar á presentárosla como *un modelo de educandas*.

Maria Santísima es presentada en el templo, nó solamente para ser morada del Hacedor Supremo que la escogió, ni para

prepararse cumplidamente á desempeñar el magnífico destino de Madre de nuestro Dios: Maria penetra en el templo para enseñar á las generaciones pasadas y á las generaciones venideras la influencia que ha de tener la mujer en los destinos de la humanidad. La mujer, si la consideramos sola, es el ornamento bellissimo de su sexo; si acompañada del hombre, si unida á él por los vínculos conyugales, es otra él, es el corazón del esposo, es el corazón de los hijos, es el alma de la familia; si la contemplamos en religion, es una perla preciosa que se oculta en los tesoros de la Iglesia, y universalmente reconocida, no podemos menos de considerar que la mujer, por sus destinos, por sus cualidades, por las circunstancias todas que la rodean, es la mitad más hermosa del género humano, y, segun lo dice el Espíritu Santo, es un don que ha hecho Dios al hombre y á la sociedad. Pero esto no puede realizarse sin la base de una educacion adecuada para ello: y cuenta que así como no hay religion que haga la felicidad del hombre, ni pueda llamarse verdadera, fuera de la Religion de Jesucristo, tampoco, fuera de la educacion cristiana, hay ninguna que pueda llamarse verdadera y buena educacion. ¡Bendigamos á la Divina Providencia, que para consolarnos ha retirado de nuestra vista la primera mujer; la Eva prevaricadora, origen de tan lamentables catástrofes para sus descendientes, por haberse separado de la enseñanza que la diera la increada Sabiduria; y nos ofrece hoy en el templo á la Eva co-redentora, no para contentarse con poner allí en ejercicio la educacion que en la casa paterna recibiera, modelada en los mandamientos del Altísimo, sino para amplificarla, para engrandecerla, para completarla, y para servir hasta la consumacion de los siglos de modelo perfectísimo de una buena educacion, en particular de la mujer.

Dos partes abraza la educacion que ésta ha de recibir para cumplir en la tierra con la sublime mision de mujer cristiana: la una puramente espiritual, y la otra material; la primera en órden á su alma, la segunda en órden á su cuerpo: pertenece ésta á los favores de la gracia, y aquella á las necesidades de la naturaleza: que una mira á la eternidad, mientras la otra incumbe á la mujer en su peregrinacion por las regiones del tiempo. Educacion espiritual y temporal; para el cuerpo y para el alma tan íntimamente enlazadas entre sí, que me atrevo á asegurar que la una sin la otra son insubsistibles: es imposible que una mujer comprenda los deberes que tiene para Dios, y desconozca los que la unen con sus semejantes: y es temerario que abrigue la ciega preocupacion de cumplir bien con los segundos si no llenan exac-

tamente los primeros. Vámonos, señores, á Jerusalem, y veremos una niña, augusto vástago de los Reyes del pueblo del Señor; á una niña de cuyo corazon ha de tomar sangre para vivir el Redentor de los hombres; á una niña en quien un día célebre ha de sombrear la virtud del Espíritu Santo, humilde como la flor de la violeta, formarse en el crisol de una santa educacion, para ser, no sólo modelo de las de su clase, sinó maestra de madres y de esposas, de perfectas y de santas.

¿Qué hace Maria Santísima en las apacibles soledades del templo? ¿A qué se dedica la hija de San Joaquin y Santa Ana en aquel Alcázar impenetrable á las asechanzas del mundo, del demonio y de la carne? ¿Emplea acaso, como las supuestas hermosuras de nuestro siglo, los afeites más repugnantes para disimular ó destruir lo que Dios ha querido que sean en la superficie de lo tierra? ¿Ensayo Maria, en los años de su educacion, todos los infernales modos de agrandar que constituyen la finura y la elegancia mujeril en nuestros dias, anteponiendo la desenvoltura á la modestia, el orgullo á la humildad, la insubordinacion á la obediencia, la ociosidad al trabajo, y á la pureza y al decoro la sensualidad? No, cristianos: Maria tiene, con respecto á su alma, su conversacion con los cielos: *Conversatio ejus in caelis est*. Maria se eleva hasta Dios, Padre de las luces, de quien desciende todo bien, y se eleva por la misteriosa escala de la educacion religiosa. Conformes están todos los cronistas de la vida de esta purísima Paloma de Nazareth en asegurarnos que su primera ocupacion era la lectura espiritual: que depositada en su alma esta semilla, se nutria despues con la oracion, se desarrollaba más tarde en los cielos de la meditacion, y desplegaba últimamente sus vuelos en el paraiso inefable de la contemplacion. Ni creamos que la que ya entónces era depositaria de las finezas, y despues y siempre habia de ser dispensadora de las misericordias del Altísimo, descuidaba por la educacion de su alma, cuanto debia aprender para ser el modelo verdadero de la educanda y el tipo de la perfecta esposa, de la perfecta madre y de la perfectísima religiosa. ¿Queréis que el escritor más elegante os trace en dos rasgos brillantes las ocupaciones de Maria en cuanto á su educacion temporal? Pues escuchad al Espíritu Santo: «*Manum suam misit ad fortia et... Digiti ejus aprehenderunt, et panem otiosa non comedit*. Sus manos acometieron empresas fuertes. Sus dedos tomaron el huso, y nunca comió el pan en una reprehensible ociosidad.»

Como si el Espíritu divino, al decir que las manos de Maria tomaban el huso, quisiera darnos á entender que, no sólo trabaja-

ba, sinó que elegia hasta aquellos trabajos más humildes y más mecánicos que pueden presentarse á la mujer: explicándonos, cuando anuncia que nunca comió su pan en la ociosidad, la voluntad siempre dispuesta de Maria á dejarse mandar, á dejarse instruir, á dejarse llevar por los consejos y la direccion de sus superiores, para ser de este modo gloria de los cielos, alborozo de la tierra y ornamento preciosísimo entre todas las generaciones de mujeres.

Crecia, segun la hermosísima expresion de San Ambrosio, como la luz de la mañana hasta llegar á la plenitud del dia, acompañando cada obra corporal con los aumentos y excelencias de la virtud; por eso un varon eminentemente espiritual dice que cuatro sublimes excelencias eran las que resplandecian en todas las obras de la Virgen Santísima en el templo: excelencia de crecimiento en caridad y en santidad: excelencia en intencion y plenitud de perfeccion: excelencia en sabiduria, discrecion y perseverancia para llevarla á cabo, y, por último, excelencia para combinar armoniosamente los afectos y las virtudes, enalteciéndose á la vez en las unas y en los otros. Ya no es extraño que los ángeles, espíritus, y espíritus perfectísimos y abrazados en el amor, al contemplar esa maravilla de la gracia, se preguntasen: «¿Quién es esta Niña que, superior á nosotros, inferior solo á Dios, excede á toda santidad imaginable?» Ya no hay que admirar que los hombres, viéndola marchar presurosa por el camino de la verdad, se digan: «¿Quién es esta Niña que, tan flaca en la naturaleza, se encuentra tan firmísima en la gracia que se presenta en el mundo como la inmóvil roca á cuyos piés se estrellan las maquinaciones del abismo?» ¡Ah! No hay que preguntarlo: es Maria Santísima; es la Esclava del Señor; es aquella Niña que haciendo, mediante cuatro votos solemnes, el holocausto más sublime de su cuerpo y de su alma, se constituye en *ejemplar acabado de religiosas*; y que entregándose á los que por la divina disposicion habian de dirigir su alma y formar su corazon, aprendiendo, escuchando y obedeciendo, viene á presentarse en nuestra consideracion como *perfecto modelo de educandas*.

Niñas venturosas, educandas dichosísimas á quienes, á semejanza de la Virgen, ha cabido la incomparable fortuna de habitar en los átrios del Señor, confiada vuestra educacion al venerable sacerdocio y á las Hijas muy amadas de San Francisco de Sales, aprovechaos de sus doctrinas y de sus ejemplos: hoy, dentro de ese pensionado, vuestro corazon está libre de los tiros de Satanás, y vuestra alma descansa á la sombra de sábios maestros y virtuo-


vos directores: mañana, fuera de ese recinto apacible, el mundo os ofrecerá en copa de oro el veneno de la culpa y del desengaño; y ¡ay si vuestra alma se ha separado de la religiosa educación que recibisteis; y ¡ay si vuestros ojos se han desviado del modelo de la Virgen Santísima en su presentación del templo! Y á vosotras, comunidad siempre muy apreciable para mí, Hijas de San Francisco de Sales, ¿qué os diré? ¿Habeis hecho hoy en la presencia del Altísimo y en la de vuestros Santos Patriarcas la renovación de vuestros solemnes votos? Pues sea para honra y gloria de Dios, para alabanza de Maria Santísima, y en vosotras, léjos de ser para recuperar algo que se haya perdido, sea para aumentar lo conservado. ¿Es difícil la vida religiosa? mirad á la Virgen en el templo. ¿Es de mucha responsabilidad la educación de las jóvenes á los ojos de Dios y á los ojos de los hombres? Mirad á la Virgen, acogeos á su amparo, proponed imitarla en cuanto os sea posible, y algun día, maestras y discípulas, directoras y educandas, sacerdotes y todos cuantos hoy celebramos el misterio de la Presentación de Maria Santísima en el templo, tendremos, mediante la misericordia de Dios, la dicha de subir á entonarla himnos de gratitud en compañía del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo en las mansiones de la gloria. Amen.



DISCURSO XXVI.

Desposorios.

*Mater ejus Maria, desponsata Joseph.
Maria, su Madre, desposada con José.
(San Mat., cap. 1, v. 18.)*

N acontecimiento sorprendente llama la atención de todos los habitantes de la ciudad escogida: el Concilio de los ancianos de Leví, presidido por el sumo sacerdote, después de haber prosternado sus cabezas venerables, como los veinticuatro que rodean el trono del Altísimo, sanciona entre los hombres una deliberación emanada del consistorio divino, en la patria de los ángeles; deliberación que hará temblar á la miserable humanidad, ante los soberanos designios de la Divinidad: más allá, y retirada en el lugar de la oración, registran mis ojos una figura absorta é inmóvil, á la manera de las estatuas que sobre los sepulcros de los héroes colocara la más remota antigüedad; figura que, aunque estática y silenciosa, se deja oír más que las trompetas del *Apocalipsis*; y aunque humilde é inclinada, descuella entre todas las criaturas por una gigantesca y sobrenatural elevación. Sacada del hogar paterno para depositarla dentro de las bóvedas del templo, apenas colorea su mejilla el albor de la niñez, es como el tierno capullo de un rosal de Alejandría destinado á perfumar el ara del santuario, ó como el flexible retoño de un árbol lleno de años, pero lleno también de flores y de frutos, trasplantado á una tierra de bendición para llegar á ser algun día la fortaleza de los débiles, el alimento de los desfallecidos y la sombra de todos los vivientes. Es una Niña sobre cuya candorosa frente ha extendido su diestra el Sér Supremo que la crió, preservándola de todo lo que